

BEATO BENITO MENNÍ

UNDADOR DE LAS HERMANAS
OSPITALARIAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS



BEATO BENITO MENNI

**Fundador de las Hospitalarias del
Sagrado Corazón de Jesús**

Rafael M^a López-Melús, carmelita

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla**



El Buen Samaritano

Jesucristo un día quiso darnos una lección de misericordia y nos recordó la parábola del «Buen Samaritano». No hay duda de que es una de las más bellas de toda la Biblia. Es un retrato auténtico de Jesús.

A lo largo de los siglos no han faltado hombres y mujeres cuyas vidas se ven calcadas en esta hermosa parábola.

En este librito queremos, en brevíssima y mutilada síntesis, dar unas pinceladas de la vida de un auténtico «Samaritano», en cuanto al hombre le es dado poder imitar a Jesucristo. Fue el BEATO BENITO MENNI, restaurador de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios en España y fundador de las religiosas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús que se dedican a la atención preferencial de hombres y mujeres psíquicamente enfermos.

¿Cómo desempeñó a lo largo de su vida nuestro héroe la misión de curar enfermedades de cuerpo y alma? Lo iremos viendo a lo largo de estas breves páginas.

En aquellos tiempos de mediados del siglo pasado abundaban estos casos quizá más aún que ahora y, sobre todo, estaban más abandonados. Ciento que los hombres enfermos tenían a la Orden de San Juan de Dios y a algunos otros centros que les atendían pero... ¡eran tan pocos!... Y las mujeres ¿qué? Todavía escaseaban más aún los centros dedicados a su cuidado.

Pero es bien cierto y la historia nos lo demuestra que la Divina Providencia a cada tiempo hacer surgir algún hombre o mujer con un carisma especial que viene a atajar un mal o a empujar una misión que la sociedad necesita en aquel tiempo. Él nunca abandona a los hombres. Uno de estos hombres carismáticos, llenos del espíritu del Señor, fue nuestro BEATO BENITO MENNI, cuya vida es una cadena de gracias del cielo sobre él pero para bien de la humanidad.



«Mi honrado padre, mi honrada madre»

El cuarto mandamiento de la Ley de Dios no siempre lo tienen presente muchos padres y muchos hijos y por ello a veces sucede lo que sucede.

La educación de los hijos es la misión más sagrada que su vocación encomienda a los padres. Y los hijos tienen también como misión aprender de sus progenitores, respetarlos y ayudarles cuando los necesiten.

Los padres de nuestro Beato Menni fueron verdaderamente ejemplares. El Señor les bendijo con quince hijos. El día 11 de marzo de 1841 nacía en Milán —capital de Lombardía—, en Italia, el quinto de los hijos de Luis Menni y Luisa Figini. Tenían un acomodado negocio que con el duro bregar del padre y de la madre era suficiente para dar de comer a toda aquella numerosa prole.

Al ser bautizado le fue impuesto el doble nombre de Ángel Hércules. Los dos nombres se cumplirían maravillosamente en nuestro recién bautizado: Toda su vida será un ángel de pureza y virtud y un verdadero coloso por su heroísmo.

Su madre, a quien él llamaría después en tantas ocasiones «mi honrada y santa madre», fue quien dejó más profunda impronta en su alma. Les enseñaba el catecismo y les contaba las paráolas de Jesús. Sobre todo les hacía hincapié en la parábola del Buen Samaritano... Al pequeño Ángel Hércules le impresionó aquel gesto del buen hombre que cuidó con cariño, aún sin conocerlo, al pobre mal herido. En sus adentros se dijo: «Cuando yo sea mayor me gustaría hacer otro tanto».

Su padre, hombre recto y piadoso, oía con gusto las alabanzas que el buen cura párroco D. Ángelo decía del mejor de sus monaguillos, Ángel Hércules. También de él diría después nuestro Beato: «Mi honrado y santo padre nos educaba en las virtudes del Evangelio».

Así, sencilla y normal, corrió la niñez y adolescencia de nuestro protagonista: casa, colegio, iglesia, amigos...



De camillero a religioso

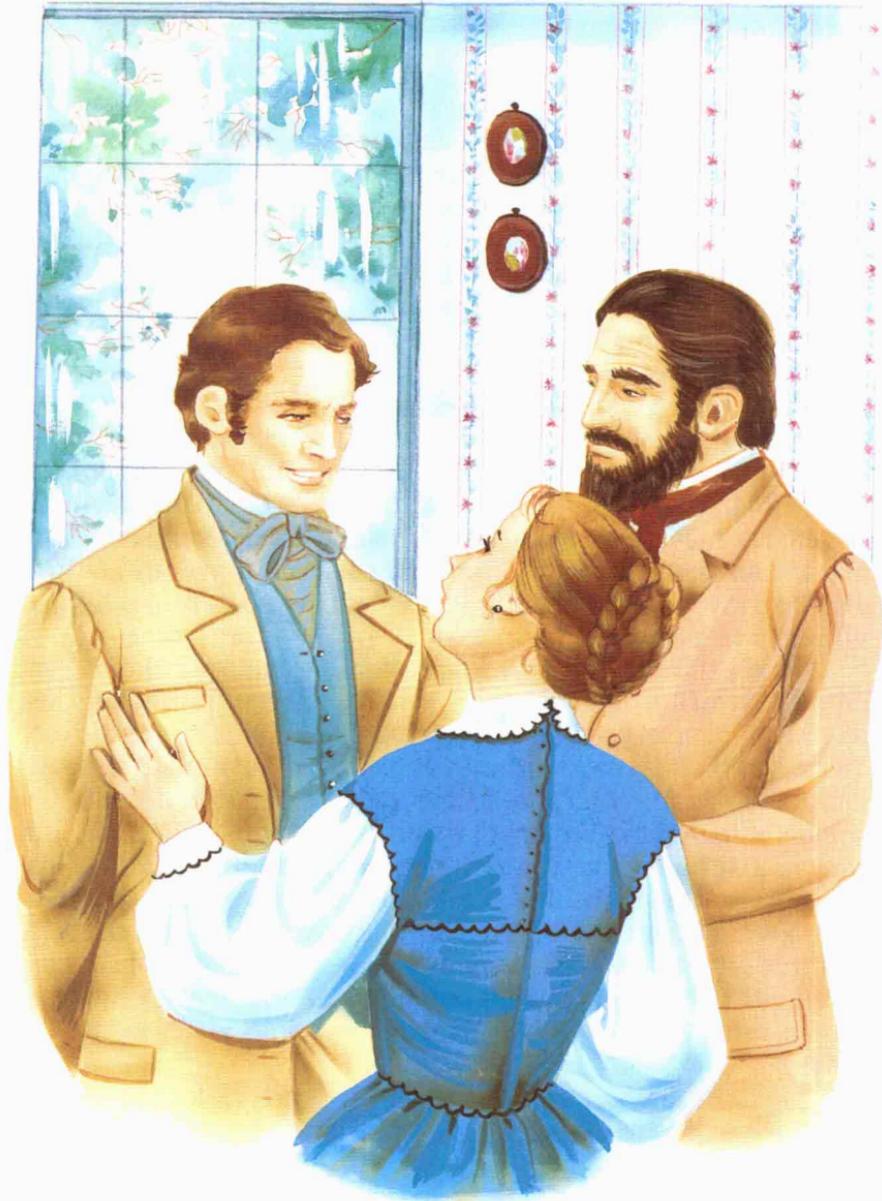
«Su buen y honrado padre», pensando en que Ángel estaba dotado para llevar el día de mañana las cuentas de su modesto negocio quiso que se especializara en contabilidad teórica y práctica. Para ello consiguió que un amigo lo aceptase para llevar las cuentas del banco. Pero poco duró en aquel empleo. Cierta día el citado amigo de su padre quiso que Ángel «arreglase» unas cuentas que no cuadraban... Pronto se dio cuenta el avisado joven y le dijo rotundamente:

—«No, no puedo hacer eso». Y fue despedido. Al enterarse su padre de lo sucedido lo sintió pero alabó a su hijo por su honradez.

Las cualidades de Ángel Hércules sobresalían entre sus compañeros: era elegante, simpático, listo y siempre de buen humor. Era un líder. Las chicas se lo rifaban... Por ello cierto día un grupo de señores muy serios quisieron formara parte de una asociación que tenían, le dijeron, un prometedor porvenir. Pronto nuestro avisado joven se dio cuenta de que aquello no era muy ortodoxo... y los abandonó.

Por aquellos días la pobre Italia estaba pasando por unos de los momentos más difíciles de su historia: las guerras fraticidas y las muertes violentas estaban a la orden del día. Tenía nuestro joven 18 marzos bien granados cuando cierto día se encontró de paso en la estación de ferrocarril de Milán a donde llegaban decenas de soldados heridos y bastantes muertos también. Allí cerca, en Magenta, se había lidiado una dura batalla entre los italianos y los extranjeros. De allí los llevaban al hospital más próximo que era el de los Hermanos de San Juan de Dios. Aunque ya los conocía pero fue en esta ocasión, cuando él mismo se ofreció a hacer de camillero voluntario, cuando descubrió al gran apostolado que hacían estos benditos «fatebenefratelli» como se les llama en Italia...

La voz de la vocación que ya hacía tiempo que le iba rondando... la oyó con más fuerza en esta ocasión y decidió seguirla.



El odio se cura con amor

El 6 de julio de 1591 San Juan de la Cruz escribió a la priora carmelita de Segovia: «Donde no haya amor ponga amor y sacará amor»...

Es lo que siempre hizo el Beato Menni en su vida. A tanta persecución y calumnia que recibió a lo largo de toda ella siempre procuró imitar al Divino Maestro al pie de la cruz: «Perdónales, Padre, que no saben lo que hacen...».

Nuestro joven, aunque eran muchos los caminos que se abrían ante él, una vez ya abandonado el estudio de leyes, decidió entregarse de lleno a Dios en la vida religiosa y para ello abrazó la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios porque veía que aquél era el lugar donde mejor podía ver satisfechos sus deseos de entregarse a Dios por medio de sus hermanos que sufren en el cuerpo y en el espíritu.

Una vez tomada ya la decisión acude al P. Provincial de los Hospitalarios y le ruega lo acepten para ser un Hermano más. El P. Provincial descubre los ricos quilates del alma de Ángel Hércules pero quiere asegurarse y le dice que puede seguir acudiendo cada día al Hospital para ayudar y por la noche ir a dormir a su casa para madurar su decisión. Llega a casa y dice a los suyos, lleno de alegría:

—«Papá, mamá, ya me han admitido para ser Hermano de San Juan de Dios». Y los abrazó a los dos lleno de alegría. Sus padres le bendijeron y llenos de gozo le dijeron:

—«Hijo, si Dios te llama no nos oponemos a ello».

Ya vestido con su sotana, cierto día dos compañeros de maldades se burlaron de él y hasta llegaron a zarandearle... Él no les contestó... Poco después uno de ellos cayó gravemente enfermo y fue llevado al hospital donde trabajaba el joven Hno. Benito Menni. Temió por sus represalias, pero no sabía con quien estaba tratando y le atendió mucho mejor que a los demás pacientes. El joven lloró de alegría, le pidió perdón y murió poco después como un santico.



«Siguiendo el camino...»

Toda nuestra vida es un continuo caminar... Estamos de paso. Vamos hacia la meta...

Aquel «loco de Dios» que fue San Juan de Dios, decía para sí y para sus hijos que desde ahora lo será también nuestro Beato: «Cada uno es auténtico siguiendo el camino querido por Dios».

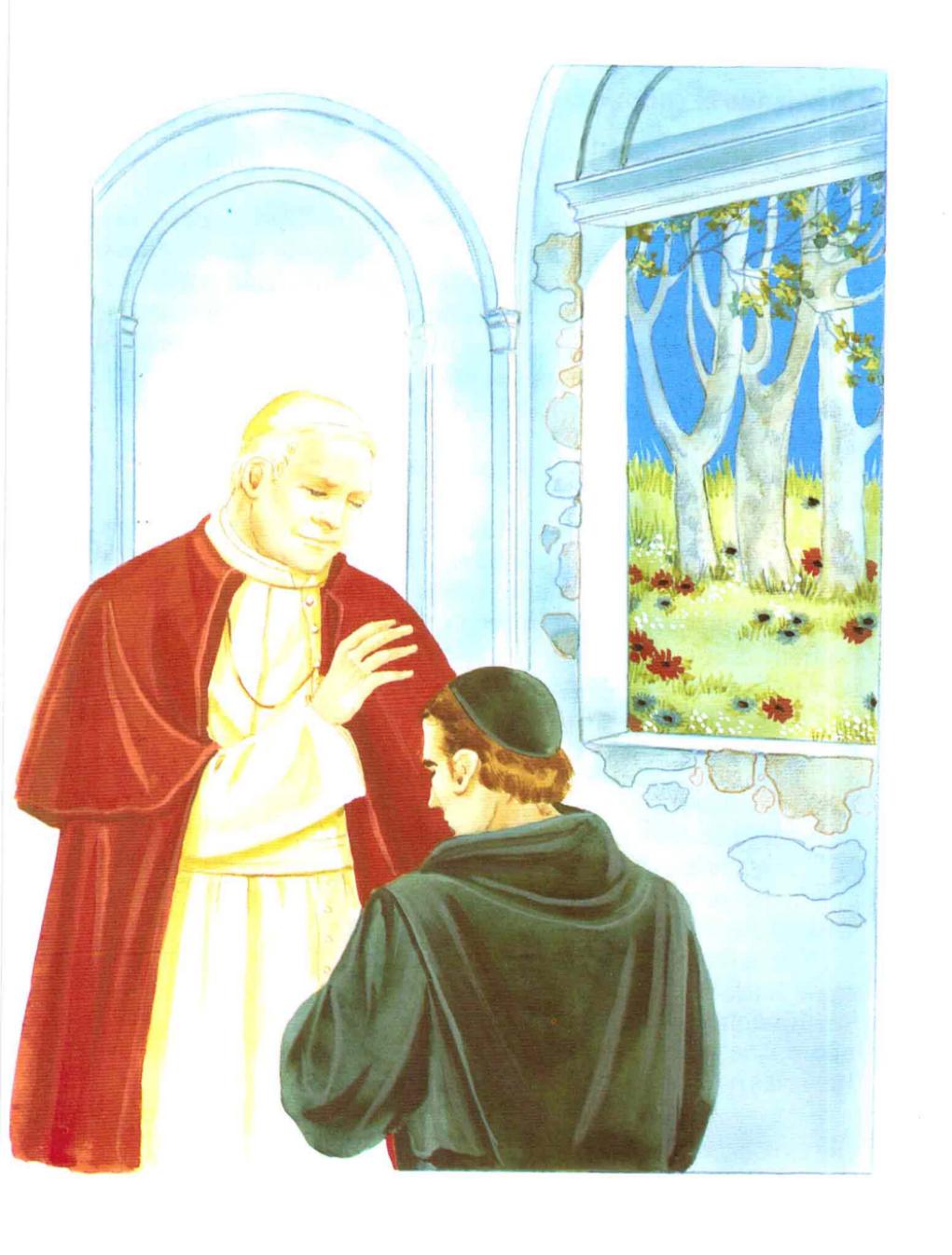
El camino de nuestro héroe se lo va enseñando claramente el Señor o los hombres. Será religioso hospitalario y cambiará su nombre de Ángel Hércules por el de Benito. Al hacer los votos solemnes, el 17 de mayo de 1864, hizo un propósito que cumplirá a rajatabla:

—«Señor —le dijo—, deseo trabajar por mi Orden hasta el último de mis suspiros».

Así, cumplidos ya sus ardientes deseos de pertenecer para siempre a la Orden Hospitalaria ante él sus superiores ponen dos caminos: O seguir estudiando para graduarse como médico cirujano o seguir estudiando teología para ordenarse sacerdote. Él prefiere, cree que puede ser más útil para la Orden y para su alma profundizar en la vida espiritual y así se lo comunica al P. General, el P. Juan María Alfieri, que desde ahora va a ejercer grandemente en su alma.

A sus estudios anteriores añadió los de las Universidades de Roma y viéndolo ya preparado para recibir el sacerdocio, el día 14 de octubre de 1886 en el oratorio particular del arzobispo Pedro de Villanova, era consagrado sacerdote del Señor. Al día siguiente celebró su primera Misa en la Iglesia de la Curia Generalicia de su Orden, donde él residía, en la isla tiberiana.

Unos días después marchó a Milán para celebrar la primera misa también con los suyos. Pero nos preguntamos: —¿Qué sentimientos albergaría el gran corazón del joven veinticincoañero que sólo añoraba entregarse de lleno a las almas para llevarlas a Cristo?



«Ve a España, hijo mío»

En cuanto llegó a Roma Fr. Menni, el P. General, P. Alfieri, lo tomó como secretario particular y pronto pudo descubrir las grandes cualidades que encerraba aquel corazón juvenil.

Al P. Alfieri una preocupación le rondaba cada día y de ella había hecho confidente a su fiel secretario:

—«Me da una gran pena y es para mí una enorme preocupación el que en la católica España, donde nació nuestra Orden, esté muerta ahora por las persecuciones que hace unos años ha sufrido...».

A los tres meses exactos del día de su ordenación sacerdotal, el 14 de enero de 1867, era el día señalado por la Divina Providencia para el «golpe de gracia». El papa Pío IX recibió en audiencia al P. General con su fiel secretario y al final de la audiencia dijo el papa dirigiéndose al novel sacerdote a la vez que colocaba su mano sobre su cabeza y le bendecía:

—«Ve a España, hijo mío, con la bendición del cielo y restaura la Orden en su misma cuna».

Pero ¿cómo es posible se decía el joven Menni? ¿Yo, inexperto, poco formado, sin conocer el idioma, a una empresa tan ardua, arriesgada y grande?...

Pero pronto se serenó, colocó todos sus apuros en las manos de la Madre y en el Corazón Sacratísimo de Jesús, que serán siempre sus dos grandes amores, y se puso en camino.

Dos días después, 16 de enero, salía de Roma en dirección a España... Se detuvo en Marsella para aprender un poco el español y el día 4 de abril de 1867 pisaba tierra española, su segunda patria, donde la Divina Providencia le tenía reservada una gigantesca y doble empresa, imposible de llevar adelante por sí solo. Si entonces la hubiera visto por un agujero, ni el más valiente hubiera seguido adelante: restaurar la Orden Hospitalaria con los sinsabores que le esperan y fundar las Hermanas Hospitalarias...



«Si el grano de trigo...»

Lo había dicho Jesús: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere... queda infecundo... pero si muere dará un fruto copioso...» (Jn. 12,24).

Y el Beato Menni en la carta 416 escribía a sus hijas: «Nuestra dicha consiste en seguir a Jesús, llevando con Él la Cruz de la mortificación, de la obediencia y de la abnegación». Y en la 346: «Si no hubiéramos de sufrir algo para hacer el bien ¿qué mérito tendríamos?».

En estos autorretratos que podíamos multiplicar con facilidad vemos sintetizada la vida de nuestro padre Menni.

En cuanto llegó a Barcelona —primer punto de partida en España— le esperaba la cruz que no abandonó hasta la mañanita de su muerte en Dinam...

Pero pronto los que le persiguen, no comprenden o contradicen, se daban cuenta que el P. Menni no era fácil de dar marcha atrás y que para él el fracaso aparente era una victoria contra su amor propio porque en la obediencia veía siempre la voluntad de Dios.

Empezó con la restauración de las Casas de su Orden, primero en España, después en Portugal y hasta México llegó su fuego apostólico y reformador.

Ante tanta obra, ahora a la distancia de casi ochenta años de su muerte, uno queda anonadado y profundamente asombrado cómo es posible que un solo hombre pudiera llevar a cabo tantas y tan grandes obras contando con tan pobres instrumentos. Era la fe y la confianza en la Divina Providencia lo que le sacaba de todos sus apuros.

Además de las grandes fundaciones —veintidós— y de introducir la vida de observancia regular en todas partes y ser Prior General de la Orden... fue, sobre todo, fundador de uno de los Institutos que hoy florecen en la Iglesia con un apostolado específico maravilloso: asistir a los enfermos especialmente mentales. La Obra del Beato MENNI continúa dando fruto del grano caído en el surco y muerto.



«De mí desconfío... en Vos confío...»

Nuestro Beato Menni vivió una vida de profunda acción del Espíritu y las maravillosas obras que el Señor obró por su medio lo confirman.

Quien no se deje llenar de Dios y guiar por Dios no puede hacer lo que Él hizo. Uno queda abrumado leyendo sus gestas en España, en Portugal, en México y en toda la Orden donde estaba extendida...

Pero su obra no quedó truncada con su muerte el 24 de abril de 1914. Su obra sigue ahora sobre todo por medio de la misma Orden Hospitalaria que fortificó y enriqueció con sus reformas y dirección pero de un modo especial por medio de la Congregación de las Religiosas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús que él fundó y que recordaremos en el capitolillo siguiente...

Y también permanece su obra por medio de su doctrina, que nos dejó consignada en sus maravillosos escritos, sobre todo en su rico epistolario. Hay que leer sus obras, sus escritos, sus dichos, para poder apreciar que nos encontramos ante una recia personalidad espiritual. En muchas cosas parece fue un profeta del Concilio. Hay estudios muy buenos sobre este particular. Al morir y trasladar sus restos a la Casa central donde él tantos sudores y sufrimientos dejó —también alegrías— la casa de Cienpozuelo, en Madrid, se colocó sobre su tumba una lápida que resume toda su vida. Es muy larga. Esto es lo más esencial:

«39.^º Prior General, varón penitensísimo, de caridad inagotable, restaurador de la Orden, bienhechor incansable de la humanidad, fundó 22 asilos, manicomios y hospitalares... y sobre todo a la Congregación de Hnas. Hospitalarias... Amado de cuantos tuvieron la dicha de conocerle, colmado de días y merecimientos, falleció en la paz del Señor a los 73 años...».

Todo esto era fruto de su entrega incondicional al Señor. Era muy piadoso y devoto de jaculatorias. Una que repetía con frecuencia era ésta:

—«Jesús mío, de mí desconfío, en Vos confío y me abandono»...



Religiosas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús

La misión que P. General Alfieri y el mismo Papa Pío IX encomendaron al joven Padre Menni fue la de restaurar la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios en España... y esto lo hizo a las mil maravillas, aunque para llevarla a cabo hubo de sufrir tantas calumnias, persecuciones y todo tipo de penitencias y sufrimientos... pero todos pudieron ver que la cosa marchaba, iba bien...

Pero una idea rondaba por su cabeza:

—«¿Por qué sólo la Orden puede dedicarse a atender a los enfermos hombres...? ¿Es que las mujeres que padecen esta misma enfermedad no merecen también ser atendidas?».

La misma Diputación de Madrid al ofrecerle Cienpozuelos y toda clase de ayudas le rogaban a P. Menni que había que atender también a las mujeres dementes. Pero, ¿cómo?

Por los hilos que dirige siempre la Divina Providencia a quien se encomendaba cada día P. Menni, le hizo que se pusiera en contacto con dos mujeres jóvenes granadinas: María Josefa Recio y María Angustias Giménez. Ellas fueron los instrumentos primeros que le ofreció el Señor para llevar la Obra femenina adelante. Y no se equivocó. Había buen material inicial y más que él lo purificará como el oro en el crisol pues les hizo pasar un largo y laborioso noviciado. Fueron los dolores de gestación y parto como alguien después dirá. El Padre Menni llamará «loca resolución» la de instituir esta familia. Pero después y para siempre será su mayor alegría... y su más preciosa corona.

A estas dos primeras vocaciones les seguirán muchas otras y dirigidas con rigidez un poco espartana por su santo fundador y director... marchará aquella barquilla por las aguas de la geografía española y allende los mares hasta extenderse por varias naciones con muchos centenares de religiosas que forman ahora esta bendita Congregación.



Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús

Los benditos padres de nuestro Beato Menni eran muy devotos de la Virgen María. El día de su bautismo su madre lo consagró a la Virgen María...

En su casa se rezaba diariamente el santo rosario y una imagen de la Virgen María presidía el hogar.

Tanto amó P. Menni a su Virgen y Patrona la Señora del Sagrado Corazón de Jesús que enseñó a sus hijas y así la llaman ahora a la Virgen bajo esta advocación: «Fundadora, Patrona especial y Madre de la Congregación». He podido comprobar mientras he convivido con ellas cuánto y cuán profundamente viven las hospitalarias de hoy el carisma mariano que les infundió su Padre Fundador.

Cuando ya sea anciano, en un rato de intimidad, contará nuestro Beato que fue la misma Virgen María quien un día mientras rezaba ante un cuadro de ella, en Milán, del que era muy devoto, fue ella quien le inspiró a abrazar la vida religiosa.

Por ello, desde un principio inculcó tanto el amor a la Virgen María en las primeras vocaciones de jóvenes hospitalarias que así empezó llamándose el nuevo Instituto: «Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón» que después hubo que cambiar por el actual, pero en los afectos se unen ambos Corazones, el de Jesús y el de María.

Los escritos, y sobre todo las cartas del Beato, están llenas de acentos marianos, más aún, rezuman mariantismo por todos los lados:

—«Nuestra Madre nos ha tenido y nos sigue teniendo siempre bajo su felicísimo amparo» (carta 136).

—«Échate en los brazos de María Santísima, que así estarás segura, pues es cierto que nadie que confía en María se puede perder, por indigna y pecadora que sea» (carta 251).

—«Elevad vuestro corazón al Corazón de Jesús y al de nuestra Santísima Madre, que son todo nuestro consuelo y alegría» (carta 304).



«Rogar, trabajar, padecer, sufrir, amar a Dios y callar»

Casi todos los santos y hombres grandes sintetizaron sus anhelos o forma de vida en un lema o mote que procuraron cumplir a lo largo de toda su vida. Quizá para algunos no pasaba de ser letra muerta. Para otros, en cambio, era un continuo estímulo que les empujaba a cumplir siempre y en todo con la meta que se habían señalado alcanzar. Así sucedió con nuestro beato Menni.

En una carta que dirigió a sus hijas hospitalarias les decía este lema sintetizado en seis verbos que son todo un verdadero tratado de vida espiritual.

Las religiosas hospitalarias tratan de vivir de acuerdo con Él y de enseñarlo con la ejemplaridad de sus vidas a cuantos atienden con cariño y miman como a hijos queridos, ya que en casi todas sus casas son lo más deseado de la sociedad.

El 13 de mayo de 1890, en su carta 71, escribía a sus hijas abriéndoles los ardientes deseos de su corazón:

—«Su Divina Majestad sabe que yo solamente amo a las almas y amo con toda la fuerza de mi corazón y estoy deseando morir gota a gota para bien de las almas...».

Toda su vida fue eso: *Rogar*: Era profundamente piadoso. Celebrando la misa parecía un serafín. El santo rosario no se le caía de las manos. Pedía por todos. La Eucaristía llenaba toda su alma y ante el Sagrario pasaba horas y horas...

Trabajar: Recorriendo su vida y los frutos que recogió parece imposible cómo un solo hombre pudo realizar tantas y tan grandes obras para la gloria de Dios y bien de los hombres más necesitados.

Padecer, sufrir... Ya hemos recordado esta faceta que llenó toda su vida, especialmente desde que pisó tierra española y después en su patria y en Francia... Y ante todo esto: AMAR, amar y CALLAR... No defenderse jamás. Dejarlo todo en las manos de Dios...

«Hijas mías, sed buenas y amad a Jesús»

Toda la vida de nuestro Beato fue azarosa y llena de sorpresas. La vela de la vida se iba extinguiendo poco a poco...

La calumnia, venida a veces hasta de sus mismos religiosos, se había cebado en su alma... Renunció o le obligaron a renunciar a veces a Instaurador, Reformador, Prior General, etc... y pasó de una parte a otra siempre sonriendo y perdonando...

El bendito Papa San Pío X al aceptar la renuncia al generalato del P. Menni, dijo al bendito Padre:

—«Ahora ha llegado para Vd. la hora de rezar y aconsejar»...

—«Santidad... he comparecido ante muchos tribunales de la tierra y así como de ellos he salido felizmente, ojalá un día sea también absuelto en el tribunal de Dios y encuentre misericordia...».

—«La encontrará, la encontrará» le dijo el santo Padre tranquilizándole.

Solía decir el bendito Padre:

—«Confío en que el Señor un día tendrá misericordia de mí. Prefiero mil veces ser humillado, escarnecido y condenado siendo inocente que ser absuelto teniendo culpa».

Bien los hombres y las circunstancias habían purificado al bendito Menni si es que alguna mancha había en su alma. La Cruz le acompañó todos los días de su vida. Al final de ellos alguien dijo en voz alta para que lo oyera:

—«¿Cuándo te marcharás, viejo?». Y se marchó. Medio desterrado fue llevado a Dinam, a Francia, y allí, asistido por un Hermano, pasó los últimos meses de su vida, aquejado de una dura enfermedad. Fue perdiendo el ejercicio de los miembros y el habla...

Cuando montó en el carroaje que lo llevó a Dinam, dijo a sus hijas, que llorando le despedían:

—«Hijas mías, sed buenas y amad a Jesús».

En Dinam, lleno de méritos, después de recibir los sacramentos, voló al cielo. Era el 24 de abril de 1914, viernes, por la mañana. El día 23 de junio de 1985 el papa Juan Pablo II lo beatificaba... Sigue viviendo en sus hijas HOSPITALARIAS...